



Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo



Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo

Presidenta de la Nación
Cristina Fernández de Kirchner

Vicepresidente de la Nación
Amado Boudou

Ministra de Cultura de la Nación
Teresa Parodi

Jefa de Gabinete
Verónica Fiorito

Secretario de Políticas Socioculturales
Franco Vitali

Coordinadora Programa Libros y Casas
Daniela Allerbon



Cultura Argentina



Ministerio de Cultura
Presidencia de la Nación
Argentina



Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo

Coordinación editorial
Daniela Allerbon, Pilar Amoia

Redacción y compilación
Graciela Piombo

Corrección
Gabriela Laster

Diseño de la colección
Bernardo + Celis / Trineo

Diagramación
Paula Erre y Javier Bernardo

Gestión de derechos de autor
Natalia Silberleib, María Nochteff Avendaño, Daniela Valeiro

Programa Libros y Casas

Libros y Casas es un programa que se lleva adelante desde el año 2007 con el objetivo de democratizar el acceso a los libros y promover la lectura tanto en el ámbito privado como en los espacios comunitarios a través de distintas actividades.

Hasta el momento ha entregado **cien mil bibliotecas** –un millón ochocientos mil libros– a cada una de las familias que recibieron viviendas de los **Programas Federales de Construcción de Viviendas** a lo largo de todo el país, y ha llevado adelante más de mil talleres de lectura. Se estima que el total de beneficiarios del programa alcanza el millón de personas.

Los textos fueron especialmente editados y seleccionados para que las familias cuenten con una biblioteca básica que incluye libros de ficción para grandes y chicos, libros ilustrados, de historieta, manuales, libros históricos y periodísticos.

El programa **Libros y Casas** ha sido tomado como modelo y fue replicado en Cuba (Bibliotecas Familiares) y en Chile (Maletín Literario). Su impacto en las prácticas de lectura fue evaluado en el año 2008 a través de encuestas en 13 provincias. De la información recolectada se concluyó que la llegada de los libros impactó de manera positiva en los hogares, además de que gran parte de las familias contaban con menos de diez libros antes de recibir la biblioteca.

En 2015, de acuerdo con las nuevas prácticas surgidas a partir de los cambios en el acceso a las nuevas tecnologías y a su uso, el programa complementa sus acciones a través de una plataforma web y libros interactivos explorando nuevas herramientas para promocionar la lectura.

Esperamos que muchos viejos y nuevos lectores y lectoras disfruten de estos libros.

Índice

9 Historias que viajan

11 Región Centro-Norte

Aymaras. Origen de la quinua

Quechuas. La vieja diabla

Comechingones. El águila

Diaguitas. El Llastay

33 Región Gran Chaco

Qom. El rayo y el hombre

La llegada de las mujeres

Wichis. El robo del fuego

51 Región Mesopotamia

Guaraníes. La Tierra sin Mal

Leyenda del chajá

Mboí-Tuí y el camino secreto

67 Región Patagonia

Mapuches. Viaje a la tierra de los muertos

Selk'nam. El hain. La pelea del Sol y la Luna

La Luna roja

80 Autores

83 Bibliografía

Historias que viajan

Hubo una vez en este lugar pueblos que contaron historias. Hombres y mujeres que, en el intento por comprender la vida y la muerte, hablaron del cielo, la luna, las estrellas, el sol, los hielos eternos, las lluvias. Hombres y mujeres que, como nosotros, se enamoraban, se peleaban, tenían miedo y, cuando estaban muy contentos, celebraban la vida.

Por aquel entonces, eran otras las fronteras. Muchos de los que investigaron sobre estos pueblos sostienen que cuando los españoles llegaron a América en el siglo XVI, vivían en lo que hoy es la Argentina entre quinientos mil y un millón de indígenas. Toda esta gente era mucha y diferente: mocovíes, pilagas, chanés, abipones, quechuas, aymaras, chorotes, charrúas, chulupíes, comechingones, diaguitas, guaraníes, tehuelches, selk'nam, mapuches, tobas, qom, wichis, huarpes, entre otros. Un mundo de gente. Algunos practicaban la agricultura y vivían en grandes concentraciones urbanas. Permanecían en un solo lugar y allí hacían sus casas, tenían sus hijos, plantaban, cazaban, y pasaban una vida tranquila y sedentaria. Los que eran agricultores cultivaban con riego el maíz, el zapallo, la papa, los porotos y otras cosas más en terrazas que hacían en las montañas.

En cambio, los que vivían en las zonas llanas eran inquietos y curiosos. Se trasladaban buscando tierras y alimentos y no decidían donde quedarse. Iban y venían de un lado a otro. A esos se los llama nómades.

De este a oeste y de norte a sur, todo el territorio estaba habitado por estos pueblos. Eran diferentes entre sí, pero tenían algo en común: a todos sin excepción les gustaba contar historias. Lo hacían alrededor del fuego, mientras trabajaban la tierra, cuando se juntaban entre amigos para

celebrar un nacimiento o la llegada de la adolescencia. Lo hacían mientras navegaban río abajo en sus canoas, y en sus ceremonias. Había quienes contando exorcizaban el miedo y quienes explicaban con un relato lo que parecía no tener explicación.

Contaban historias increíbles de seres extraños, de amores contrariados, de pueblos que buscaban la tierra sin mal, de hombres que bajaban al mundo de los muertos, de mujeres estrella que llegaban desde el cielo para quedarse en la tierra.

Unos a otros fueron contándose estas historias antiguas con sabor a tierra y olorcito a lluvia. Unos y otros las cuidaron volviéndolas a contar para que hoy lleguen a tus manos.

Te invitamos a leer estos relatos de algunos de esos pueblos que habitaban nuestro país. Te invitamos a volverlos a contar para que no se detenga el viaje y estas historias crezcan hasta más allá de los tiempos.

Graciela Piombo



Región Centro-Norte

Aymaras. Origen de la quinua

Quechuas. La vieja diabla

Comechingones. El águila

Diaguitas. El Llastay

Textos Graciela Piombo

Ilustraciones Mariano Epelbaum



viñeta
EPILBAUMI

Los quechuas y los aymaras

Los quechuas y los aymaras llegaron desde lo que hoy es Bolivia, al norte de la Argentina, y se integraron a otros grupos (diaguitas, omaguacas, atacamas) que hacía tiempo ocupaban la puna, los valles y las quebradas norteñas. Gente de las alturas, hermanos del cóndor y los cardones, pueblos silenciosos, caminadores, trabajadores. Herederos de la forma tradicional de vida en los Andes. Cultores de la Pachamama,¹ Madre Tierra, que los cobija, los alimenta y los protege, pero también los castiga si abusan de su generosidad.

Pueblos de las alturas respetuosos de la naturaleza, agricultores, especialmente del maíz y la quinua; criadores de llamas, alpacas, guanacos, buenos pastores. Custodios de los cultos ancestrales que introdujeron los incas, el Dios Sol, Inti, la Pachamama, pero también de otras deidades menores protectoras de todo lo que la tierra ofrece.

Coloridos, musicales, carnavaleros, copleros. Supieron pintar los valles y las quebradas con sus vestimentas, sus cajas, sus quenas, erkes³ y charangos. Relataron historias fundacionales en rondas amanecidas y volvieron a contarlas una y otra vez hasta hacerlas paisaje.

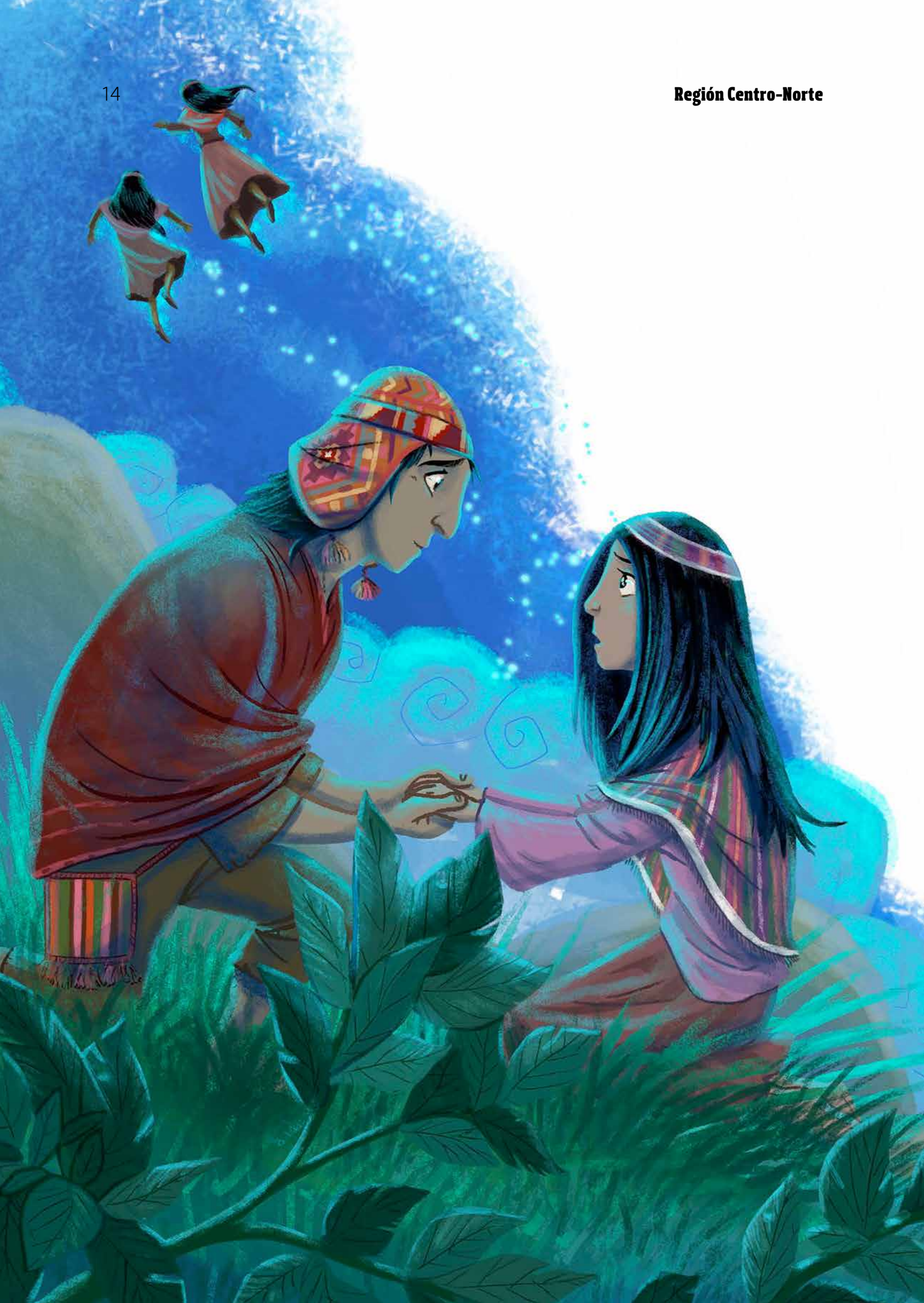
¿Sabías que...?

Los aymara tenían un gran conocimiento del clima y del suelo. Por eso, fueron grandes agricultores. Practicaron métodos que les permitieron llevar sus cultivos de maíz, quinua y papa a más de 4000 metros de altura.

La costumbre quechua de masticar hojas de coca estaba muy difundida entre los pueblos del noroeste y hoy en día se mantiene este hábito. Para poder coquear, se hace un bollo con las hojas, al que llaman “acullico”. Se la utilizaba y aún se la utiliza para aliviar el cansancio y el hambre. También, como medicina y en los ritos en los que se realizan ofrendas.

1. Pacha en quechua significa universo, mundo, tiempo, lugar, y Mama, madre. La Pachamama es una deidad andina que se relaciona con la tierra, la fertilidad, la madre y lo femenino.

2. Instrumento de viento de gran tamaño propio del altiplano.



Origen de la quinua

D ICEN QUE, EN TIEMPOS DE LOS ANTIGUOS, LA GENTE aymara conversaba con las estrellas.

La tierra comenzaba a dar frutos, pero algo extraño pasaba que nadie podía explicar. Por las noches, alguien arrancaba de la tierra las matas de papas. Podía ser un animal o tal vez algún ladrón. Nadie se explicaba qué estaba pasando. En aquel lugar había un joven encargado de cuidar las chacras que, preocupado por la situación, decidió quedarse sin dormir una noche para sorprender a quien estaba terminando con todas las plantaciones. En medio de la noche, el joven vio una luz brillante en el sembradío. Tan brillante era la luz que lo enceguecía. También escuchó risas y voces dulces de mujeres que hablaban en una lengua que no comprendía. En cuanto pudo acercarse un poco más, vio a tres hermosas jóvenes campesinas que hablaban mientras arrancaban de la tierra las matas de papa.

Entonces el joven hizo sonar una campana que llevaba en su chuspa³ para alertar a los vecinos en caso de peligro. Las jóvenes, alarmadas por el sonido fuerte de la campana, salieron corriendo, pero una tropezó y él la atrapó. Cuando se miraron, algo sucedió. El corazón del joven quedó prendido a los ojos oscuros y asustados que lo miraban sin parpadear.

Advertidos del peligro por el “tan tan” de la campana, llegaron lugareños con antorchas y palos en sus manos

3.
*Bolsa,
morral.*



dispuestos a hacer justicia. Dicen que la gente aymara podía conversar con las estrellas. Así fue que la joven se convirtió en un ave y salió volando para llegar adonde sus compañeras, las otras estrellas, la estaban esperando. El joven se quedó perplejo y no pudo explicar a los demás lo que había ocurrido. Pero por más que lo intentaba no podía olvidarse de aquellos hermosos ojos negros que había visto el día anterior.

No se dio por vencido y, no bien salió el sol, fue en busca del cóndor para que lo llevara hasta las estrellas que habían huido de la tierra. Se subió a su lomo; el cóndor extendió sus alas imponentes y remontó el cielo.

Llegó hasta un campo donde brillaba una planta dorada para él desconocida. El joven se quedó a vivir allí. Los días pasaban y la hermosa muchacha estrella lo alimentaba con quinua⁴ y con amor. Pero un día, el joven quiso regresar a la tierra porque extrañaba a sus padres. La muchacha estrella le dio quinua para que la llevara a su pueblo. Antes de remontar el cielo para regresar se dieron un abrazo y, con las manos en alto, la joven lo saludó hasta que cóndor y muchacho se perdieron en el cielo.

Cerca del sol, él desparramó las semillas de quinua que cayeron felices a la tierra.

Dicen que desde entonces la quinua es el alimento del pueblo andino.

4. *La quinua es una planta. Es considerado un grano sagrado por los pueblos originarios de los Andes por sus exclusivas propiedades nutricionales.*





La vieja diabla

NO ERA EXTRAÑO QUE AQUELLA TARDE EL PADRE HUBIERA mandado a los niños a buscar leña al campo. Era cosa de todos los días, conocían bien el lugar, la leña se acababa rápido y era necesario prender el fogón para defenderse del frío.

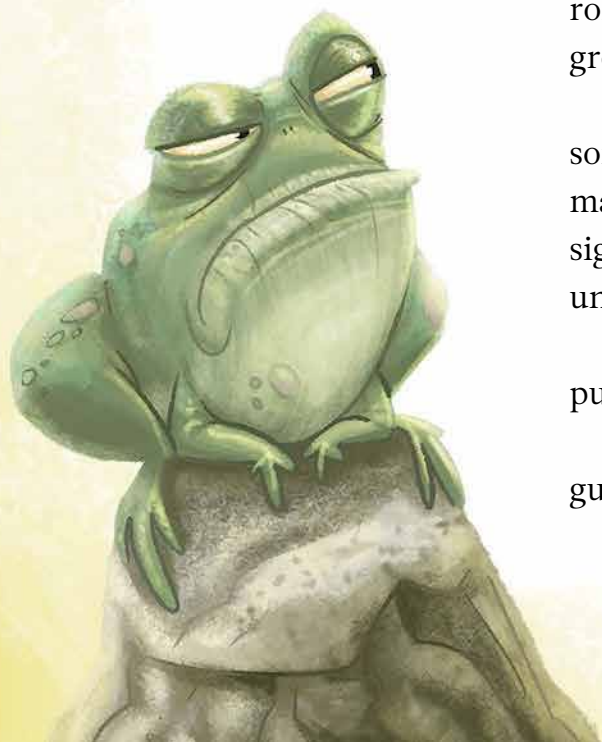
Los ponía contentos correr por el campo, ayudar a su padre, jugar mientras tanto y, en ocasiones, esconderse detrás de los árboles. El niño era apenas dos años mayor que su hermana y, como a muchos niños de su edad, le encantaba asustarla. Levantaban ramitas secas, pedazos de tronco y todo lo que sirviera para hacer fuego. De tanto en tanto creían ver un montón de leña a lo lejos y, cuando se acercaban, eran solo huesos blancos de caballo; entonces seguían buscando sin darse por vencidos. Y, otra vez, habiendo creído ver un cúmulo de leña descubrían que se trataba de un montoncito de cañas. Así el tiempo iba pasando.

Comenzó a oscurecerse el cielo. No había luna que se viera. Se hizo de noche y en medio de la oscuridad se dieron cuenta de que se habían alejado mucho y no sabían regresar. Estaban perdidos en el campo.

El hermano parecía tener menos miedo y, atento a las sombras de los árboles que se movían y parecían fantasmas, vio a lo lejos el reflejo de una luz blanca. Avanzaron siguiendo el reflejo de la luz. Era un rancho muy pobre con una chimenea humeante.

No necesitaron llamar pues no bien se acercaron a la puerta, salió una vieja.

—¿Qué buscan niños? ¿Qué los trae por acá? —les preguntó con una voz rasposa.





La vieja era muy fea. La cara repleta de arrugas, una gran nariz ganchuda, pelos desgredados y una voz gastada que metía miedo.

—Buscamos un lugar donde quedarnos a pasar la noche, doñita. Estamos perdidos. Tenemos frío y hambre. Nuestro padre nos mandó a buscar leña y jugando se hizo la noche y perdimos la huella —respondió el niño resuelto a conseguir ayuda.

—Conque perdieron la huella —dijo la vieja frotándose las manos, y los invitó a pasar. Les ofreció carne y papas para comer y una cama para descansar. Pero la carne no era carne, sino sapo y las papas hervidas no eran más que piedras duras.

Llegó la hora del descanso. La vieja mandó al niño a dormir en un rincón oscuro y frío, mientras que a la niña, que era rosadita y regordeta, la llevó a dormir con ella.

Al día siguiente, el niño buscó a su hermana por todos los rincones de ese rancho horrible, pero no la encontró.

—Tu hermana fue a buscar agua al pozo —le dijo la vieja cuando lo vio inquieto, y le dio una calabaza para que él también fuera por agua.

Así fue que el niño fue al pozo, pero al llegar no encontró a su hermana, sino a un sapito que croaba sin parar.

—Croc croc croc, estás cargando agua en la cabeza de tu hermana —dijo—. Eso no es una calabaza, es la calavera de tu hermana donde llevas el agua.

Sorprendido, el niño prestó atención al sapito, que siguió diciéndole:

—No vuelvas a esa casa, la vieja es bruja, diablo. Como tu hermana era gordita y rosada, la vieja hambrienta se la comió. No vuelvas, no vuelvas.

El niño salió corriendo asustado, sin poder creer lo que el sapito le estaba diciendo.

En el camino se encontró con la vieja, que comenzó a perseguirlo porque, según parece, se había quedado con hambre. El niño corría desesperado mientras la vieja gritaba:

—¡Esperá!, tengo algo muy rico para vos.

El niño no la escuchó y siguió corriendo. Corrió tanto que encontró el camino de vuelta y llegó a su casa agitado y lleno de miedo. Le contó a su padre lo que había pasado.

—Vayamos a buscar a tu hermana —dijo el padre.

Caminaron horas enteras por el campo y, cuando el niño creyó llegar al lugar donde estaba la casa, vio solo unos molles.⁵

Ni casa, ni vieja, ni hermanita. En ese lugar no había nada.



5.
*Árbol pequeño
propio de Amé-
rica del Sur.*





Los comechingones

Los comechingones vivían en las sierras de la actual Córdoba, en la región central de la Argentina, y ocupaban lo que hoy es la zona de Calamuchita, San Javier y Los Molinos.

No se sabe bien cuál es el origen del término comechingón. Existen tres versiones que definen esta palabra. La primera tiene que ver con su forma y dice que la palabra comechingón procede de *comi*, “serranía” o “sierra”; *chin*, “pueblo”; y *gon*, plural de la palabra pueblo: “pueblos de las serranías”.

Otra teoría dice que el término comechingón quiere decir “los que viven en las cuevas”, nombre que les pusieron los sanavirones, unos vecinos que querían destacar los sitios en los que vivían los comechingones.

La última versión tiende a afirmar que comechingón quiere decir “muera-muera” o “matar” y que este habría sido su grito de guerra y les quedó como nombre por lo mucho que lo usaban.

Los comechingones eran barbudos y altos, cosa poco habitual entre los habitantes de los pueblos originarios, que por lo general son lampiños. Para alimentarse, trabajaban la tierra y criaban llamas; sembraban maíz, poroto, zapallo y quinua. Molían los granos en morteros. Les gustaba comer guanacos, ciervos y liebres, y los frutos de la algarroba⁶ y el chañar.⁷ Sus casas eran de piedra más bien bajas porque la mitad estaba por debajo del nivel del terreno. Por su forma, estas casas-pozo mantenían el calor durante el invierno y eran frescas en verano. En el centro de la habitación hacían un fogón para cocinar y calefaccionar.





Eran grandes artistas. Trabajaron la cerámica, moldearon la piedra y fueron excelentes pintores. Si van de viaje al Cerro Colorado en Córdoba, podrán ver la Reserva Cultural Natural Cerro Colorado, uno de los centros pictóricos rupestres más importantes de la Argentina. En estas pinturas está representada la fauna del lugar: llamas, cóndores, yaguaretés; formas de agricultura incipiente, figuras humanas que representan guerreros nativos armados con arco y flecha y vistosos tocados de plumas que se extienden desde la cabeza y abarcan toda la espalda. Verdaderas obras de arte y testimonio del avasallamiento sufrido con la llegada de los conquistadores europeos montados a caballo o a pie, representados en la piedra.

Casi sin lugar a dudas, con la llegada de los conquistadores, tal como les sucedió a casi todas las etnias americanas, gran parte de la población murió a causa de las epidemias contra las cuales carecían de inmunidad (especialmente la viruela, el sarampión y ciertos tipos de gripe). Esto facilitó en gran medida la conquista española.

¿Sabías que...?

Si bien no tenían muchos ritos religiosos, creían en un dios comparable con el dios Sol y practicaban la magia y las danzas rituales de origen amazónico, tal como quedó registrado en las pinturas rupestres de Cerro Colorado, en las que se ve representado el hechicero haciendo uso del fruto del cebil⁸ como narcótico.

6. Fruto del algarrobo, alimento energético muy nutritivo.

7. Árbol cuyo fruto carnoso y muy dulce se utiliza para hacer un tipo de mermelada comúnmente conocida como "arope".

8. Especie de árbol muy espinoso propio de América del Sur.

El águila

CUENTAN LOS QUE SABEN CONTAR QUE LOS COMECHINGONES eran valientes. Se defendían de los invasores con arco y flecha, bastones de madera dura y a veces usaban el fuego para incendiar las posesiones de sus enemigos. Para ir a la guerra, se ponían collares de cuero y se pintaban la cara de negro y rojo. Cuentan también que se escuchaban desde lejos sus gritos guerreros con los que se daban ánimo y valor para enfrentar al enemigo. Entre los comechingones no existían diferencias entre hombres y mujeres a la hora de ir a la guerra. Luchaban por igual unos y otras defendiendo lo que les pertenecía. La llegada de los españoles fue el principio del fin de este pueblo valeroso. Cuenta una leyenda mil veces contada que Arabela era una niña comechingón que podía ver más allá de lo que ven los hombres y las mujeres comunes. Con su poder, cuando llegó a ser una muchacha, ayudó a su pueblo para defender a los hermanos de su tribu. Todos la querían mucho y la respetaban. Ella era quien indicaba cuándo y por dónde debían sorprender al enemigo, cuándo debían atacar o permanecer ocultos. Arabela era hermosa y valiente. Toda una guerrera. Mientras las luchas se daban entre pueblos vecinos, reinaba cierto equilibrio en la región. Pero cuando desde lejos llegaron los españoles, el cielo se oscureció. Ya no hubo tiempo para criar guanacos ni cultivar la tierra. La sangre comechingón corrió por ríos y montañas y los pocos que sobrevivieron terminaron contagiándose

enfermedades que hasta entonces no conocían. Arabela luchó junto con su pueblo más allá de lo que un humano puede resistir. Murió luchando por los suyos, pero su alma está protegida por el vuelo triunfal del águila, que para los comechingones es símbolo de libertad y hermandad entre los pueblos. Por eso desde entonces, cuando un águila vuela alto en el cielo, el espíritu valiente y audaz de Arabela vuelve a estar entre los habitantes del lugar.



Los diaguitas

Fueron los incas los que los llamaron diaguitas, que en el idioma del antiguo imperio significaba “serranos”. Los diaguitas vivieron en montañas, valles y quebradas de las actuales provincias argentinas de Salta, La Rioja, este de Catamarca, oeste de Tucumán y norte de San Juan.

Vivieron en poblados que, en algunos casos, llegaron a tener tres mil habitantes. Sus jefes o caciques eran los encargados de organizar y proteger al pueblo. Construyeron sus casas en las montañas; en la parte más alta de los cerros, levantaban como defensa los pucarás, estructuras de piedra desde las que miraban si se acercaban los enemigos.

Eran hábiles agricultores y desarrollaron técnicas muy avanzadas para cultivar. Las tierras donde cultivaban se llamaban canchones. Cuando los terrenos de labranza tenían mucha pendiente, los transformaban en andenes, una especie de escalera con canales para que pase el agua. Ahí cultivaban maíz, porotos, ajíes, habas y zapallos.

Para obtener carne, cazaban guanacos y dejaban las llamas para aprovechar su lana y como animal de carga.

El algarrobo para los diaguitas era casi sagrado. De él obtenían madera, leña, tinta para colorear telas, harina, aloja⁹ y patay.¹⁰ Tan importante era que, por tener un algarrobal, los pueblos llegaban a la guerra. El cacique era el encargado de poner fin a la discusión por las buenas o por las malas. Si no se podía evitar la pelea, enviaba una flecha al cacique de otro pueblo para que lo ayudara; si la aceptaba, se convertía en aliado; si la rechazaba, se declaraba neutral. Entre los diaguitas, el cacique tenía mucho

trabajo, pero también algunos privilegios. Podía tener muchas esposas, su casa era más grande, usaba ropa más fina y más adornos. Pero no todo era un lecho de rosas; si perdía el apoyo de sus hombres, la salida más honorable y la más frecuente era el suicidio.

¿Sabías que...?

El idioma de los diaguitas sigue presente en los nombres de pueblos, sierras, ríos y quebradas del Noroeste argentino. Usamos el cacán cuando mencionamos las sierras del Aconquija en Tucumán o las de Famatina en La Rioja. También, cuando hablamos de Guandacol o Nonogasta en La Rioja, o de Payogasta o Lucacatao en Salta.



9.
Bebida refrescante elaborada con algarroba, agua, miel y especias.

10.
Pasta seca rica en proteínas hecha con el fruto del algarrobo.



El Llastay

CUIDADO CON EL LLASTAY!, SE ESCUCHABA SEGUIDO decir a los cazadores de guanacos. Es bromista y divertido, pero cuando algo no le gusta, hace que se enoje el cerro y la desgracia es segura.

Esa mañana, Francisco había salido al cerro a cazar guanacos. Creyó que era su día de suerte porque apenas puso la mirada en lo alto vio una tropa grande de guanacos que pastaban tranquilos. Separado, un poco más alejado de los guanacos, estaba el relincho.¹¹

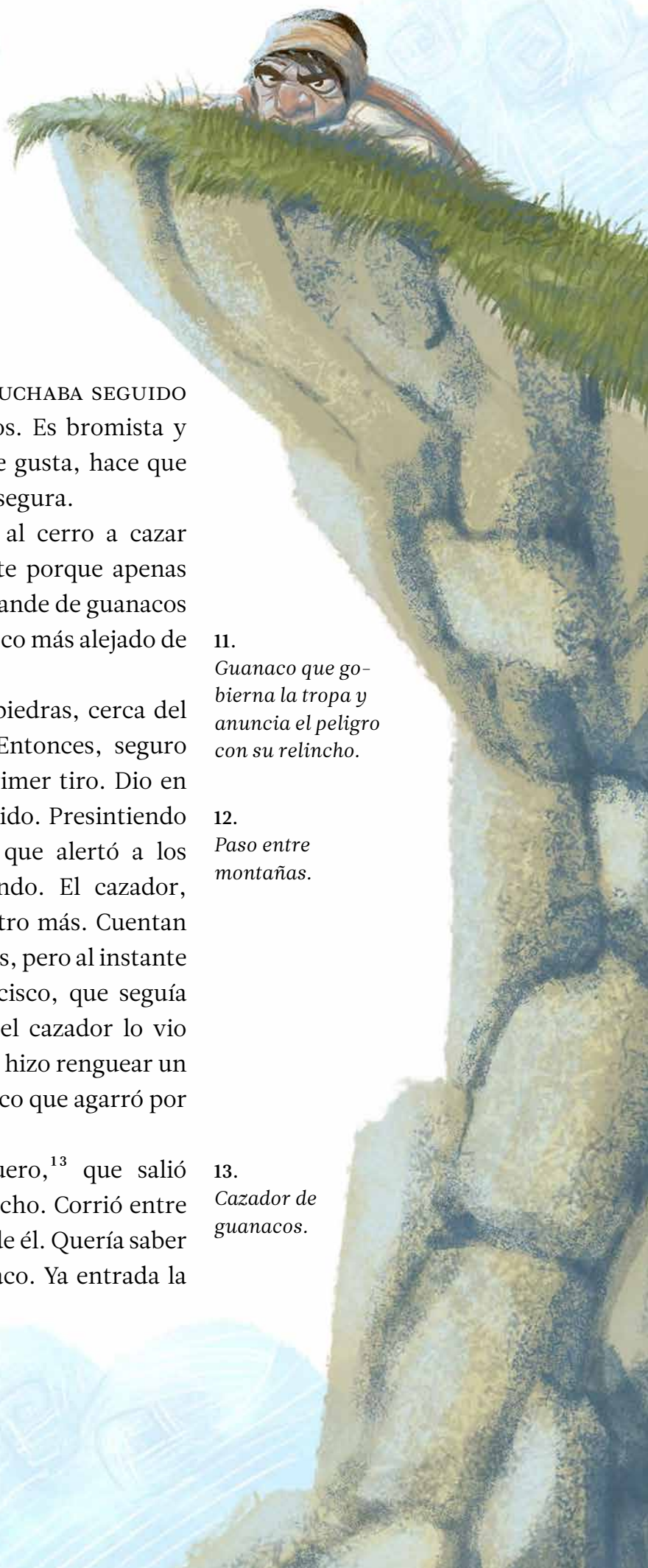
Pensó en esconderse detrás de unas piedras, cerca del abra¹² y esperar que pasara la tropa. Entonces, seguro que cazaría muchos guanacos. Tiró el primer tiro. Dio en el blanco. El pobre animal quedó malherido. Presintiendo el peligro, el relincho pegó el alarido que alertó a los demás guanacos, que salieron disparando. El cazador, envalentonado, tiró otro tiro, y otro y otro más. Cuentan que esa vez cayeron muertos tres guanacos, pero al instante el relincho apuntó en dirección a Francisco, que seguía escondido detrás de las peñas. Cuando el cazador lo vio avanzar hacia él, le tiró un tiro que solo lo hizo renguear un poco. Parecía inmortal ese enorme guanaco que agarró por la quebrada y se perdió de vista.

Francisco tenía un perrito guñaquero,¹³ que salió corriendo olfateando las huellas del relincho. Corrió entre las piedras y las plantas espinosas detrás de él. Quería saber de dónde había salido ese enorme guanaco. Ya entrada la

11.
Guanaco que gobierna la tropa y anuncia el peligro con su relincho.

12.
Paso entre montañas.

13.
Cazador de guanacos.





tarde, llegó a un recoveco muy cerrado de las sierras donde había una casa grande hecha de piedra con una puerta tapada de plantas. El perrito entró en la casa y desapareció. En vano fue que Francisco lo llamara, parecía que se lo había tragado la tierra. Entonces, sin pensarlo dos veces, entró en la casa y se encontró con una galería ancha y larga con muchas columnas y, en ellas, atados perros de distintos colores y tamaños. Ahí estaba su perro ladrando y forcejeando para soltarse. Y ahí nomás apareció un viejo bajito de barba larga, con ojotas y vestido con ropa toda hecha con lana de guanaco. El joven cazador se sorprendió al verlo:

—No te asustes, no te haré daño. Soy el Llastay, hijo de la Pachamama —le dijo el viejo—. Ella me manda a cuidar las tropas de guanacos y vicuñas. Persigo a los cazadores avarientos. A esos que cazan más de lo que precisan los castigo duramente.

Como había sido la primera vez, el Llastay perdonó a Francisco y lo dejó desatar a su perro. Le advirtió que si volvía a cazar más de lo que necesitaba, lo pagaría muy caro. El viejito se dio vuelta y desapareció, pero Francisco alcanzó a ver que rengueaba de una pierna y se quedó pensando en el relincho que había herido en la quebrada.

—Seguro que ese era el Llastay —se dijo.

Desde entonces, Francisco solo cazó guanacos por necesidad y, por las dudas, les contó esta historia a todos sus amigos que andaban cazando en los cerros.



Los diaguitas





Región Gran Chaco

Qom. El rayo y el hombre
La llegada de las mujeres

Wichis. El robo del fuego

Textos Graciela Piombo
Ilustraciones Matías Trillo

Los qom

Habitantes del chaco argentino –actuales provincias de Formosa, Chaco, este de Salta, nordeste de Santiago del Estero y norte de Santa Fe–, región húmeda y calurosa donde la temperatura puede superar los 40°C. Territorio de suelo plano con ríos que dan muchas vueltas y forman lagunas y pantanos. Hábitat de tapires, osos hormigueros, ciervos, armadillos y yagaretés.

Los qom, conocedores de los montes como nadie, cazadores, pescadores, recolectores de frutos y de miel. Diestros en el manejo del arco y de la flecha, expertos en la pesca con red.

Los qom, más conocidos como tobas, fueron apodados así por los guaraníes porque tenían la costumbre de raparse la cabeza. En guaraní, *tová* significa frente, mote despectivo que utilizaron sus vecinos para llamarlos frentones. Aunque toba es el nombre más popular, se sabe que ellos prefieren ser llamados qom, que en su lengua significa “gente”.

Siempre fueron nómades. El ambiente los ayudaba a trasladarse de un lugar a otro. Lo hacían buscando recursos, recorrían el monte para cazar, pescar o recolectar frutos, pero también para adquirir determinados bienes por medio del intercambio con otros pueblos. Después de la llegada de los españoles, adoptaron el caballo y se hicieron grandes jinetes.

Los qom creían que lo que la naturaleza ofrecía era de todos y que nadie tenía el derecho de apropiárselo, por eso desde muy pequeños aprendían a compartir. Muchos de los relatos que se contaban unos a otros hablan de este principio de reciprocidad, que era muy importante para ellos.



Eran profundamente religiosos. Creían en un ser supremo, pero también adoraban a la naturaleza. Las invocaciones las hacían muy temprano a la mañana, cuando aparecían las primeras luces de las estrellas para guiar el amanecer de un nuevo día, con canciones tradicionales acompañadas con el ritmo de las sonajas de calabaza. Al finalizar, se bañaban con agua y echaban el sobrante hacia donde nace el sol; luego encendían el fuego y se preparaban para comenzar el día.

El cosmos para ellos se dividía en tres planos. El superior, el cielo, era el lugar donde vivían las nubes, los vientos y las tormentas. Para los qom, este plano estaba regido por Kasongongá, creador de los rayos, que bajaba el fuego a la tierra. El otro plano era el intermedio: el de la tierra. Zona de montañas, ríos, arroyos y lagunas. Plano de todo lo que da la naturaleza, incluido el hombre. El tercer plano era el del inframundo regido por Pegim Aloah, casado con Salamanca, señora de las aguas. Los muertos eran los principales pobladores de este plano. Para vivir allí, había que conocer las reglas que, por cierto, eran bastante estrictas.

¿Sabías que...?

La salud de la comunidad qom depende en gran parte de la asistencia de sus *piogonak*, chamanes que ejercen de médicos y psiquiatras desde tiempos inmemoriales. Con una formación profundamente religiosa y espiritual, su tarea abarca mucho más que la curación de enfermos; la enfermedad es una crisis en el equilibrio espiritual que afecta al cuerpo y al alma, centro de la vida humana. El *piogonak* debe realizar un complejo análisis para buscar y encontrar el origen y la causa, y, a través de estos, la solución y el restablecimiento del equilibrio mental de la persona enferma.

El rayo y el hombre

14.
Deidad también llamada Qasogoná, Qasoxanaxa, Kasoronra, Kasógongá, Kasong'rá o Kasogonagat.

KASONGONGÁ¹⁴ ES LA DEIDAD QOM QUE TIENE EL poder del rayo. Vive en el cielo. Creen que manda a formar las nubes, pide a la serpiente arco iris que traiga los vientos a la tierra, castiga con granizo y, de tanto en tanto, se presenta ante los hombres tomando forma de viejita o de oso hormiguero.

Kasongongá es para los qom el rayo que cae a la tierra con la fuerza destructora de la naturaleza. Pero también es una deidad benefactora que, cuando se cruza con un indio, si este es obediente y cumplidor, le asegura buena pesca y abundancia para el resto de su vida.

Dicen que una vez un qom estaba cazando en el monte para llevar comida a su gente. La tarde estaba tranquila, iluminada por los rayos del sol que se colaban entre los árboles. El qom avanzaba por el monte cuando de pronto escuchó un gemido suave, largo, lastimoso. Se metió monte adentro para ver de qué se trataba siguiendo ese sonido que cada vez se hacía más fuerte cuando se encontró con un potai.¹⁵

15.
Oso hormiguero.

Inmediatamente, al estar frente a frente, le contó quién era y cómo había quedado atrapado en el tronco de aquel árbol. Le pidió ayuda, necesitaba liberarse y volver al cielo y solo un hombre que prendiera una fogata en su nombre podría ayudarlo.

Al principio, al cazador le costó creerlo. Pero cuando lo pensó un poquito mejor, recordó que la noche anterior se había desatado una terrible tormenta y que era posible que

BUA





un rayo hubiera caído con toda su fuerza hasta quedar atrapado en el tronco de un árbol.

Kasongongá le dijo que solo tenía que encender una gran fogata y que él se encargaría del resto.

El cazador, obediente, juntó todas las ramitas y hojas secas que pudo y armó una gran fogata. Cuando las llamas de la hoguera se elevaron en lo alto, Kasongongá comenzó a elevarse con el humo y desde lo alto le habló al cazador de este modo:

—Ahora podés irte a tu casa. Rápido, porque en poco tiempo se desatará en el monte una gran tormenta. Para agradecerte lo que hiciste por mí, te prometo que nunca te faltará alimento y que serás un experto cazador.

Dicho esto, Kasongongá se confundió con el humo, se elevó al cielo y desapareció. Tal como lo había anunciado, empezó a llover fuerte en el monte. Los relámpagos iluminaban la noche. El Rayo estaba festejando el regreso a su casa.





La llegada de las mujeres

PARA LOS ANTIGUOS QOM, EN EL PRINCIPIO DE LOS tiempos no había mujeres sobre la tierra. Solo había animales y hombres que cazaban, pescaban y recolectaban. Estos hombres no eran totalmente humanos ya que no habían nacido de una mujer. Para reproducirse, depositaban su semen en orificios hechos en calabazas que luego sellaban con cera. Cuando nacían los pequeños hombrecitos, rompían la calabaza tal como si fuera un huevo y por todo alimento succionaban la tierra. Al no tener con qué amamantarse, morían al poco tiempo de nacer. Los pocos que sobrevivían se esforzaban para encontrar algo con que alimentarse. No era fácil para ellos vivir de este modo. Todas las mañanas salían a cazar y regresaban a la tarde un poco antes de que se pusiera el sol. Uno de esos días, al volver, descubrieron que alguien les había robado la comida. Pensaron mucho, pero no pudieron descubrir al ladrón.

Para que no pasara lo mismo, cuando salieron al día siguiente, tuvieron la idea de pedirle al loro que vigilara mientras estaban ausentes. El loro tendría que avisarles a los cazadores si descubría al ladrón de la comida. Y así fue que el emplumado, orgulloso por la tarea que le habían encomendado los hombres, se acomodó en lo alto de un árbol para ver mejor, dispuesto a descubrir al culpable.

Eran las mujeres, que por entonces vivían en el cielo y eran mucho más astutas que los hombres, quienes cada



tarde bajaban por una soga desde el cielo sin ser vistas por nadie. Ese día, al ver al loro vigilante, antes de robar la comida se encargaron de que no dijera ni una sola palabra quemándole la lengua con unas brasas. Una vez que se aseguraron de que el loro no hablaría, robaron más alimento y regresaron al cielo.

Cuando los cazadores llegaron, se encontraron nuevamente sin comida y con el loro mudo. Se los veía confundidos y apenados. Entonces habló Ta'anki, el carancho, y les dijo que él se quedaría para vigilar y descubrir al que estaba robando comida en el campamento.

Al día siguiente, las mujeres volvieron a bajar sin darse cuenta de que el carancho, escondido detrás de unas matas, hacía un buen rato que las estaba mirando. Como siempre, robaron el alimento, pero cuando quisieron regresar al cielo no había soga por la que subir. El carancho la había cortado con una piedra filosa y muchas mujeres comenzaron a caer del cielo.

Desde entonces, el pueblo qom cree que las mujeres más bellas quedaron del lado de la soga que comunica con el cielo y pudieron escapar de la caída, mientras que las más feas habitan la tierra.





Los wichis

Proviene del Chaco Central y Austral, en el centro de América del Sur. Los españoles los llamaron “matacos”, palabra de origen guaraní que significa “animal salvaje” porque consideraban que eran inconquistables y aguerridos. Ellos prefirieron llamarse wichis, que en su lengua significa “lo que tiene vida”.

Se organizan en grupos para desplazarse por el territorio; los hombres cazan, pescan, extraen miel y también realizan todo tipo de changas en ámbitos rurales y urbanos. Las actividades de recolección son realizadas por las mujeres. Las familias también crían ganado menor y mayor en pequeña escala y tienen animales de granja. Complementan la economía doméstica con la confección de artesanías en madera y fibra de chaguar.¹⁶

16.
*Planta
textil.*

Los wichis no acumulan ni acaparan. Viven con lo mínimo y utilizan lo que la naturaleza les brinda en cada época del año.

La palabra wichi, si bien representa a los hombres, tiene un sentido mucho más amplio. Wichi es naturaleza, medicina, comida, cielo, estrellas, actos, pensamientos, sentimientos. Ser wichi es estar a favor de la vida.

Para los wichis, en todo hay alma. Los animales, las plantas, los relámpagos, la lluvia tienen alma. El alma es doble y si por alguna razón alguien pierde una parte, creen que sobreviene el sufrimiento.

Para los wichis, hubo un tiempo en el que las cosas no eran como las vemos ahora, sino exactamente al revés. La tierra por entonces estaba arriba y el cielo abajo. Dicen que era tanta la suciedad que caía de la tierra que el cielo comenzó a impacientarse y pidió a los dioses que se

invirtieran los planos. Así fue que desde entonces el cielo está arriba y la tierra abajo y entre uno y otro, el territorio de los vientos y las nubes.

La mujer ocupa un rol central en cuanto a la memoria grupal de la parentela wichi. Es la encargada de transmitir las historias fundacionales y velar por la descendencia.

¿Sabías que...?

Los wichis, grandes observadores de la naturaleza de su región, conocen y aprecian las cualidades de hojas, flores y frutos. De ellos obtienen los remedios para sus males. Desde antes de la conquista usaban el tabaco y sustancias narcóticas.



El robo del fuego

HACE MUCHO TIEMPO, DESPUÉS DE QUE UN INCENDIO quemara toda la tierra, los árboles volvieron a crecer, todo volvió a ser como era antes menos una cosa. El sol, al ver el terrible incendio, estaba tan enojado pensando que alguien había querido ponerse a su altura que dejó a los hombres sin fuego. No era fácil vivir así, sobre todo porque ya se habían acostumbrado a tenerlo.

Los hombres no tenían fuego, pero había alguien que se las había ingeniado para quedarse con una buena fogata encendida sin que el sol se diera cuenta. El dueño del fuego ahora era el Yagueté. Justo el Yagueté, malo como pocos, odioso y enemigo de los hombres.

Que él tuviera fuego era lo mismo que nada porque por más que los hombres le rogaran y rogaran, el Yagueté no quería darles ni una brasita. Encima, si le rogaban mucho, parece que se fastidiaba y sus rugidos estremecían el monte.

Tanto rogaron los hombres y tanto rugió el Yagueté que los primeros decidieron mandar una delegación en representación de todos los animales para que tratara de convencer al felino.

Todo fue en vano y tan en vano fue que los animales, como no pudieron por las buenas, decidieron robarle el fuego.

El primero en atreverse fue el Oculito,¹⁷ el más experto en cuevas de todo el monte. No bien le pidieron ayuda, ahí nomás planeó hacer un hoyo largo en la tierra que empezara donde el Yagueté no pudiera verlo y terminara justito en

17. También llamado tucu tucu, es un roedor de hábitos subterráneos que cava madrigueras en el suelo y vive dentro de ellas.







Grrr

Cloud drawing







la fogata. La idea era asomarse despacio, robar una brasa y volver sin dejar rastro. Parecía un plan perfecto, pero no dio resultado. El Oculto hizo ruido, el Yaguareté lo escuchó y lo esperó para darle un zarpazo. El Oculto quedó todo magullado y con el hocico chato.



Cuando el Oculto llegó malherido y con las manos vacías adonde estaban los otros animales, grande fue la decepción de todos. Fue el Conejo, entonces, quien se ofreció para tan arriesgada prueba. Pensó que de nada valdría querer acercarse sin que el Yaguareté lo viera porque, hiciera lo que hiciera, el dueño del fuego era muy astuto, tenía vista de lince y oído finísimo. Así que decidió acercarse con algún pretexto. Después de haber pensado mucho y sabiendo de antemano que el Yaguareté siempre estaba hambriento, decidió acercarse ofreciéndole algo rico para comer. Con ayuda de la Garza consiguió unos pescados y fue a verlo. El Yaguareté enseguida olfateó el pescado y lo dejó acercarse.

—Dejalo ahí y andate nomás —le dijo. Pero el Conejo insistió en cocinarlo para que su regalo fuera completo. Se acercó al fuego, abrió al medio los pescados, los puso sobre una rama verde y cada tanto los acomodaba para que se fueran cocinando parejitos. Tanto tardaba que el Yaguareté



bostezaba de aburrimiento. Aprovechando su distracción, el Conejo apoyó sobre las brasas la cola de una mojarrita a la que se le pegó una brasa pequeña. Rápido el conejo la sacó del fuego, la puso debajo de su mandíbula y salió corriendo. Cuando el Yagareté se dio cuenta del engaño, saltó como un rayo y se puso a correr detrás del Conejo. Casi lo alcanza pero, al verse acorralado, el Conejo tiró a los yuyos secos la brasita, que se convirtió rápidamente en llamarada y creció y creció hasta incendiar el monte. El Yagareté, desesperado, aunque lo intentó, no pudo apagar el fuego. Los otros animales corrieron con ramas y cada uno se llevó un poquito de fuego para tener su propia fogata. El Yagareté se quedó muy enojado, más intratable que antes. Y, a partir de entonces, tuvo las plantas de las patas secas, medio quemadas por haber tratado de apagar el fuego. Como recuerdo de esta aventura, el conejo del Chaco tiene una manchita blanca en la garganta, allí donde se quemó con la brasa que había robado. Dicen que desde entonces el fuego se metió dentro de los árboles y por eso se lo puede encontrar frotando dos ramitas.





Región Mesopotamia

Guaraníes. La Tierra sin Mal
Leyenda del chajá
Mboí-Tuí y el camino secreto

Textos Graciela Piombo
Ilustraciones Luis Grane

Los guaraníes

En lengua guaraní, ñe'-e significa "palabra" y también significa "alma". Creen los indios guaraníes que quienes mienten la palabra, o la dilapidan, son traidores del alma.

Eduardo Galeano

Para conocer mejor a los guaraníes, tenemos que referirnos a una leyenda que se contaba hace muchísimo tiempo. Parece que todo comenzó con la historia de Tupí y Guaraní, hermanos mellizos que tuvieron que separarse porque sus mujeres no paraban de pelear. Cada uno se fue por su lado y dio origen a un pueblo: los tupíes y los guaraníes. Los que estudiaron a estos pueblos aseguran que esto fue así porque hace muchísimo tiempo existieron en la región amazónica pueblos con costumbres parecidas. De a poco se fueron separando y finalmente los guaraníes se establecieron en el sur de Brasil, este de Bolivia y Paraguay y nordeste de la Argentina que, por supuesto, por entonces no se llamaban así. Como buena gente de río, eran inquietos y a veces emigraban siguiendo el curso de las aguas. Así fue que, siguiendo las aguas del río Uruguay, algunos de ellos llegaron muy cerquita de Buenos Aires a las islas del Delta del Paraná.

Cuentan que además de seguir el curso de los ríos, era la creencia de encontrar la Tierra sin Mal la que los movía en sus desplazamientos.

La palabra y la religión eran dos fuertes columnas que sostenían a este pueblo. Con la palabra producían largos poemas, bellas canciones; ofrendando a sus dioses, creaban mitos, leyendas, relatos ejemplares que les mostraban una vida mejor. Eso sí, aunque todos sabían hablar, no cualquiera tenía acceso a las palabras más bellas y profundas. Para eso se necesitaba recorrer un largo camino junto a un maestro al que los guaraníes llamaban chamán.

Cuentan que el chamán recibía las "bellas palabras" en sueños y con ellas creaba himnos religiosos que cantaba a



los demás hombres, luego recibía también en sueños sus propias palabras y con ellas armaba himnos que compartía con su comunidad. Las palabras circulaban, iban y venían desde los sueños a los hombres. Los himnos y los relatos eran siempre distintos. A los que podían crear sus propios cantos se los consideraba dueños de la palabra.

Buscaban la Tierra sin Mal que, a diferencia de otras religiones, no era inaccesible a los vivos y a la que, si bien se reconocía como morada de los más antiguos, se podía llegar sin haber pasado por la muerte. Cuando algún profeta o *karaí*, mensajero de los dioses, lo convocaba, ahí iba el pueblo guaraní, detrás de esas bellas palabras inspiradas por “los que viven encima de nosotros” (los antepasados) a buscar la Tierra sin Mal. Ese era el gran objetivo de este pueblo: lograr el *teko mara he’y*, es decir, una vida intachable a cuya culminación solo se podría llegar en la Tierra sin Mal. La danza y el canto rituales eran las formas más importantes para lograr la purificación necesaria que permitiría llegar a esa tierra soñada.

En sus relatos, los llamados dueños del mundo animal y vegetal se presentaban como verdaderas fuerzas de la naturaleza capaces de cambiar el destino de los hombres. Los animales y las plantas tenían una activa participación en las historias que contaban los guaraníes. A veces eran benéficos, otras, amenazantes, pero siempre estaban entre los hombres recordando que la naturaleza mueve el curso del destino humano.

¿Sabías que...?

Los guaraníes creían en la Tierra sin Mal, una especie de paraíso terrenal al que se podía entrar sin morir. Cada tanto, algún *karaí* afirmaba haber recibido en sueños la revelación de dónde se ubicaba ese ansiado lugar y cómo llegar hasta él. Con sus discursos elocuentes, arengaba a todos para que abandonaran aldeas y cultivos y siguieran el camino que le había sido indicado. Muchos de estos éxodos eran penosos y trágicos; los peregrinos debían avanzar por zonas boscosas y ríos desconocidos, rodear saltos de agua, improvisar puentes con troncos y lianas, enfrentar a grupos enemigos y padecían enfermedades.

La Tierra sin Mal. El paraíso terrenal de los guaraníes

CUENTAN LOS GUARANÍES QUE LA TIERRA SIN MAL está en este mundo. La llaman Ywy Mara Ey y señalan hacia el este cuando quieren indicar para dónde hay que ir para encontrarla. También hablan de un Gran Mar Originario, Pará Guazú Rapytá, que hay que cruzar para poder llegar a ella.

Mucho contaron estos pueblos acerca de este paraíso terrenal. Algunos lo describieron como un lugar con vegetación exuberante donde cada persona tenía su parcela de tierra para trabajar y no era necesario preocuparse por la cosecha porque siempre era buena y abundante. Otros lo presentaron como un lugar de difícil acceso en el que no hace ni frío ni calor, donde los frutos están al alcance de la mano, corren ríos de aguas transparentes, las aves cantan bellas canciones y la naturaleza jamás deja de brindar lo necesario para subsistir.

Para los guaraníes, llegar a la Tierra sin Mal es alcanzar la vida eterna. No es necesario estar muerto para lograrlo, incluso algunos dicen que solo los vivos pueden llegar hasta allí. No todos están de acuerdo con esta idea porque hay quienes sostienen que la Tierra sin Mal es el lugar al que van los hombres cuando mueren y solamente pueden acceder a ese lugar sin necesidad de morir como héroes después de haber realizado largos ayunos y ejercicios espirituales. Aseguran que los muertos no viven allí como almas, sino en cuerpo y alma. El cuerpo nunca enferma ni envejece. No son dioses, pero es como si lo fueran. Creen que la tierra y sus habitantes serán castigados por los abusos cometidos y un cataclismo universal la arrasará. Primero con un Gran Fuego al que seguirá la Gran Inundación.







Leyenda del chajá



AGUARÁ HABÍA SIDO DE JOVEN UN CACIQUE MUY valiente, respetado y querido por su pueblo. Pero el tiempo había pasado y se sentía cansado y enfermo. Era Taca, su hija, quien lo ayudaba en las tareas de jefe. Desde chiquita, su padre le había enseñado a manejar el arco y la flecha, a cazar, a tomar decisiones. Taca era una mujer independiente y decidida, y como si esto fuera poco, también era hermosa. Trenzas negras larguísimas, piel cobriza, ojos grandes y brillantes. Las madres de la tribu acudían a ella cuando sus hijos estaban en peligro, las más jóvenes le pedían consejos y Taca siempre estaba dispuesta a escuchar y brindar una palabra que aliviara.

Muchos jóvenes estaban enamorados de la hija del cacique y querían casarse con ella. Pero su corazón tenía dueño y nada ni nadie podía cambiar sus sentimientos. Ella había dado su palabra y cuando una guaraní daba su palabra, iba el alma en ese juramento.

Ará-Naró era el novio de Taca. Se había ido a cazar a las selvas del norte y a su regreso se casarían.

Los días pasaban tranquilos. Nada hacía suponer lo que estaba por venir.

Una tarde, Petig, Carumbé y Pindó, tres jóvenes de la tribu, salieron como lo habían hecho tantas otras veces a buscar miel al bosque. Se separaron para encontrar más panales. Gritos desgarradores de espanto retumbaron entre los árboles. Petig había sido atacado por un yagureté





hambriento y no había podido defenderse. El animal salvaje lo había destrozado con sus garras. Sus compañeros no pudieron hacer otra cosa que escapar y contar lo sucedido cuando llegaron a la tribu.

Asustados, ya no iban al bosque a buscar frutos porque el yaguareté acechaba. Muchos lo habían visto merodeando el lugar.

Fue entonces cuando el consejo de ancianos que se reunía cuando algún problema serio amenazaba a la tribu tomó una decisión para terminar con semejante amenaza.

Un grupo de jóvenes fuertes y valientes entraría en el bosque para matar al yaguareté y poner fin a esta desgracia. Pero para sorpresa de los ancianos y de toda la tribu, solo Pirá-Ú se presentó ante el consejo. Ahí se fue al bosque confiando en su valor y su fuerza creyendo que iba a regresar triunfante con la piel del yaguareté como ofrenda para su pueblo. Nunca regresó y la tristeza ganó la partida. Los ancianos decidieron llamar una vez más y nadie respondió al llamado. El enojo de Taca fue tan grande ante la cobardía de los jóvenes que decidió ir ella misma a enfrentarse con el feroz animal.

—Me avergüenzo de esta tribu de cobardes —dijo—. Si Ará-Naró estuviera entre nosotros no dudaría en ir al bosque a matar al yaguareté. Yo iré y traeré su piel. Vergüenza les dará reconocer que una mujer tuvo más valor que un grupo de miedosos. El anciano cacique no quería saber nada de que su hija se enfrentara al yaguareté. Trató de disuadirla con miles de argumentos para que se quedara, pero ninguno la convenció. La joven se preparó para partir. Justo en el momento



de la despedida, llegó la noticia de que los cazadores que habían partido hacia las selvas del norte estaban regresando. Ará-Naró venía con ellos. La alegría de Taca fue inmensa. Ahora podrían ir juntos al bosque a terminar con esa pesadilla. Partieron cuando la luna envió su luz sobre la tierra. La esperanza de terminar con el yaguareté los alentaba. Se detuvieron cerca de un ñandubay.¹⁸ Supusieron que el animal estaba cerca y no se equivocaron. Con paso lento pero seguro, el felino avanzó hacia los jóvenes. Ará-Naró lo enfrentó con valentía. ¡Chajá!, ¡chajá!¹⁹ —gritaba Taca animando a su enamorado—. Sin pensarlo, la valiente Taca también se trabó en lucha con el animal. Nadie salió triunfante. El yaguareté de un zarpazo le desgarró el cuello y lo arrojó a la tierra. Con él rodó la fiera enfurecida y poderosa. Taca, Ará-Naró y el yaguareté pagaron con su vida el heroísmo que los llevó a la lucha. El viejo cacique murió de tristeza. Todos lloraron su muerte. Prepararon una gran urna de barro y, después de colocar en ella el cuerpo del cacique, pusieron sus prendas y, como era costumbre entre los guaraníes, provisiones de comida y bebida. En el momento de enterrarlo, una pareja de aves se posó sobre la urna. Gritaban “¡chajá!, ¡chajá!”. Eran Taca y Ará-Naró, quienes, convertidos en aves por Tupá,²⁰ volvían a la tribu de sus hermanos para ser eternos guardianes y alertar a los suyos cada vez que amenazara un peligro. Por eso, el chajá sigue cumpliendo el designio que le impusiera Tupá y, cuando advierte algo extraño, levanta el vuelo y da el grito de alerta: “¡chajá!, ¡chajá!”.



Todos los personajes de la leyenda llevan nombres relacionados con el mundo de la naturaleza:

Aguará: zorro; Taca: luciérnaga; Ara-Naró: rayo; Petig: tabaco; Carumbé: tortuga; Pindó: palmera; Pira-Ú: pescado negro.

18.

Árbol que tiene una madera rojiza muy dura y resistente.

19.

Chajá: el nombre de esta ave proviene del guaraní y significa ¡vamos! o ¡escapa! Procede de una deformación del sonido del grito de estas aves cuando se ven sorprendidas; de este modo, avisan a las otras de su especie en la cercanía para que huyan del posible predador.

20.

Dios supremo de los guaraníes.





Mboí-Tuí y el camino secreto

21. Mboí-Tuí en lengua guaraní significa “víbora-loro”. Se lo considera el protector de los animales acuáticos y los humedales.

MBOÍ-TUÍ²¹ ERA EN OTRO TIEMPO UN HERMOSO loro que habitaba en la Tierra sin Mal, una especie de paraíso terrenal al que se podía entrar sin morir, donde los cultivos crecían solos, la miel y la carne eran abundantes y no existían las enfermedades. Cuentan los guaraníes que la Tierra sin Mal tenía una sola entrada y que era Rupavé, el primer hombre creado por Tupá, quien cuidaba celosamente que no entrara ningún extraño. También dicen que Mboí-Tuí era un loro astuto y conocía un camino secreto para llegar sin que Rupavé se diera cuenta.

22. Insecto de la familia de las avispas que produce miel y es originario de Brasil.

Un día, con secretas intenciones, unos hombres malvados le hicieron beber miel de lechiguana²² a Mboí-Tuí para emborracharlo. El loro, embriagado por la dulzura de la miel, comenzó a hablar hasta por los codos. Contó muchas cosas que los malvados escucharon con atención, pero lo peor fue que sin darse cuenta dio a conocer la senda secreta a la Tierra sin Mal por la cual pudieron colarse.

Cuando Rupavé se dio cuenta de que habían entrado extraños al paraíso guaraní sin su consentimiento y encontró al loro borracho hablando sin parar, comprendió inmediatamente lo ocurrido.





Enojado, furioso y fuera de sí, maldijo a Mboí-Tuí con todas sus fuerzas y lo condenó para siempre a perder su facultad para volar.

Así fue como sus alas atrofiadas se convirtieron en patas cortas y su cuerpo mutó en serpiente. El parlanchín, ahora convertido en una serpiente de cabeza emplumada y pico de loro, habitó desde entonces los humedales protegiendo a los animales acuáticos y asustando a todo el que se le cruzara.







Región Patagonia

Mapuches. Viaje a la tierra de los muertos

Selk'nam. El hain. La pelea del Sol y la Luna
La Luna roja

Textos Graciela Piombo
Ilustraciones Alex Dukal

Los mapuches

*El viento transmite el sonido de
las hojas trepando la roca.
Es la voz de un indómito pueblo
por miles de estrellas protegida.*

Rayen Kvyeh²³

23.
*Rayen Kvyeh (Flor de Luna)
nació en Chile y se crio en
la cultura mapuche. Fue
detenido por la dictadura
militar; se exilió y se radicó
en Alemania, donde vivió
un proceso de identificación
con la cultura mapuche.
Cambió su nombre (origi-
nalmente se llamaba Rosa
Zurita) y escribió la historia
del pueblo mapuche. En el
año 1989 publicó en Alema-
nia el primer libro de una
trilogía en idioma mapu-
dungun y alemán.*

24.
*Miguel Ángel Palermo,
Lo que cuentan los ma-
puches, Buenos Aires,
Sudamericana, 2011.*

Los españoles los llamaron “araucanos”, pero ellos eligieron llamarse mapuches, que en mapudungun, su lengua, significa “gente de la tierra”. Llegaron a la Patagonia desde Chile, de donde son originarios. Basaron su subsistencia en la caza del guanaco y el ñandú, pero también recolectaban raíces y semillas en la meseta y mariscos y mamíferos marinos en la costa.

“Mapu llama este pueblo a su tierra, que se estira a los dos lados de la cordillera de los Andes, en la Argentina y en Chile, entre bosques espesos, lagos verdes y azules, montañas nevadas, volcanes y llanuras interminables”.²⁴

Mapuches, gente de la tierra, gente aguerrida que defendió con uñas y dientes su territorio haciendo frente a incas, españoles y criollos. Bravos guerreros, pero también artesanos del lenguaje y la poesía que supieron cantarle a la luna, a las estrellas, a los pájaros en sus bellas romanceadas.

Gente respetuosa que pedía permiso a los espíritus creadores de los vegetales y animales antes de servirse de ellos y se sabía responsable de conservar el equilibrio del planeta. Seres que concebían al mundo poblado de espíritus y dioses y tenían como creador de todo lo viviente a Ngnechen, que habitaba las alturas y tenía la facultad de conceder la vida y la muerte.

Pueblo recolector y cazador, nómada y gran conocedor de zonas inhóspitas.

Gente de la tierra que, sometida, desarraigada y obligada a vivir en reservas y ciudades pobres, no se dio por vencida y entendió que el lenguaje y la literatura eran una manera de preservar la identidad.

¿Sabías que...?

Los mapuches, además de sus cantos ceremoniales, también cantaban para divertirse. Estos cantos se llamaban *ülkantún*, que en mapudungun significa “cantar sobre algo”. Los *ülkantún* son textos poéticos cantados *a capella* en mapudungun, por hombres o mujeres, sobre distintos temas como el amor, la amistad, entre otros. Son canciones sociales y de diversión.



Viaje a la tierra de los muertos

SE CONOCIERON SIENDO NIÑOS. JUGARON JUNTOS, escucharon relatos de sus mayores, aprendieron los secretos de la comunidad. Juntos fueron creciendo; hasta que un buen día se dieron cuenta de que estaban enamorados. Con el consentimiento de los más antiguos, se casaron y durante un tiempo fueron felices.

Una noche, la joven soñó que se le clavaban espinas en el cuerpo. Se despertó sobresaltada con la sensación de que algo malo iba a ocurrir. Esas espinas le habían traído un mal presagio.

Cuando se acercó a su esposo para contarle lo que había soñado, lo encontró ardiendo de fiebre. Fue tanta la fiebre que al cabo de unos días murió.

La joven viuda no tenía consuelo. No comía, no dormía, lloraba sin parar. Ahogada en lágrimas, lo único en lo que pensaba era en morir para reunirse con el que amaba. Una noche se quedó dormida llamando a su esposo con el pensamiento y, en sueños, lo vio llegar. Al verla tan desesperada, el joven muerto prometió que a la noche siguiente la iría a buscar. Le pidió a la joven que se preparara con ropa abrigada y le advirtió que el viaje sería largo y difícil. A la noche siguiente, se quedó dormida esperándolo. Cuando despertó, lo vio parado a su lado. El joven le dio seis panes y le pidió que comiera uno antes de subir al caballo. La joven obedeció y él le aconsejó que no hablara. La marcha debía ser en silencio. Al poco tiempo de andar, llegaron a la orilla





de un mar. Él amarró el caballo y le señaló una canoa que esperaba cerca de las piedras. Le pidió que antes de embarcar comiera otro pan. La joven lo hizo. A la mitad del viaje le dio otro pan para comer y la joven se quedó dormida.

Cuando despertó, ya habían llegado a la otra orilla. Por todas partes se veían fuegos y gente, mucha gente bebiendo y calentándose en fogatas pequeñas que resplandecían por todas partes.

Bajaron de la canoa y caminaron entre la gente. Ella reconoció a sus antepasados. Todos sus parientes muertos tiempo atrás se acercaron a saludarla con emoción verdadera. Bebían, cantaban, lloraban de alegría al verla allí. Había sido una noche intensa. Recostada sobre el hombro de su esposo, se durmió. Cuando despertó, brillaba el sol y estaba completamente sola. En lugar de la gente había unos carboncitos humeantes que, al mirarlos, la enceguecían. Se puso a llorar al verse desamparada en medio de esa tierra desolada. Una vez más se quedó dormida y al despertar, otra vez se había hecho de noche.

Entre las sombras, apareció su marido. Cuando le preguntó por qué se había ido, el joven le explicó que todos



esos carbones que había visto eran los muertos que, al no soportar la luz del día, tomaban esa forma esperando el regreso de la oscuridad. Le aconsejó que volviera a su tierra. Antes de embarcarse, le dijo que tenía que comer otro pan. Embarcaron. La mujer se quedó dormida. Después despertó. Habían llegado al otro lado del mar, desembarcaron.

El esposo le pidió que se sentara a esperar el amanecer y la joven así lo hizo. Esperando la llegada de la luz del día, la mujer se durmió por última vez. Al despertar se encontró en el cementerio, sentada sobre la sepultura de su esposo. Espantada, se puso a gritar. Gritó tan fuerte que sus parientes la escucharon y corrieron en su auxilio. La llevaron hasta la casa, la abrigaron, le dieron algo fuerte para tomar. Más tranquila, pudo contar todo lo que le había pasado.

Dicen los que la conocieron que a los seis días murió.



Los selk'nam

Ocuparon casi toda la isla de Tierra del Fuego, a excepción de la península Mitre en el sudeste, territorio de los haush, y el extremo sur, hábitat de los yámana. No se sabe exactamente cuándo y cómo llegaron, pero al parecer lo hicieron en guanacos cuando la isla todavía estaba unida al continente.

Eran inquietos, cada tanto se trasladaban buscando lugares que les ofrecieran mayor cantidad y variedad de alimentos. Tanto ir de un lado a otro los obligó a construir viviendas sencillas. Algunas de forma cónica hechas con ramas y cubiertas con pieles cosidas y otras construidas con palos trabajados y un cobertor de pieles de guanaco o lobo marino que, una vez instaladas, formaban tres cuartos de un círculo. En ocasiones cuando se trasladaban lo hacían con sus casas, que podían ser desmontadas con facilidad.

Los guanacos eran su principal fuente de alimentación y también, aunque en menor proporción, comían patos, cisnes, y recolectaban raíces y frutos.

A pesar de estar rodeados de océanos, los selk'nam no eran navegantes ni tenían forma alguna de embarcación; tampoco se relacionaban demasiado con sus vecinos. Si bien en sociedad eran todos iguales, algunos gozaban de ciertos privilegios.

Los chamanes eran los que se podían comunicar con el cielo, que era una importante fuente de poder. Eran respetados porque la gente común creía que ellos podían ocasionar la muerte o provocar enfermedades mortales si se sentían ofendidos.

Los sabios eran los conocedores de todos los relatos, los depositarios de las tradiciones mitológicas. No tenían



poderes sobrenaturales, pero como se encargaban de transmitir los mitos, esta profesión de contadores de historias les daba un lugar importante dentro de la sociedad.

Los guerreros también eran muy respetados cuando llegaban a edad madura por su valentía y coraje para defender a la comunidad de pueblos invasores.

Cada familia vivía en un territorio bien delimitado llamado *harúwen*. Para los selk'nam, cada *harúwen* respondía a un cielo; por lo tanto, cada ser pertenecía al cielo que le correspondía a su *harúwen*. Estaba prohibido casarse con una persona del mismo cielo y si, por alguna razón, se tenían que mudar, inmediatamente pasaban a pertenecer a un nuevo cielo.

Se vestían con cueros y pieles de animales. Les gustaba adornarse con collares, brazaletes y pulseras hechos con huesos de aves, conchillas y trenzas de tendón de guanaco. Los hombres llevaban un adorno triangular de cuero sobre la frente, atado alrededor de la cabeza (*kóchil*). Hombres, mujeres y niños se pintaban las caras y cuerpos con colores rojo, negro, blanco y amarillo con dibujos sencillos.

¿Sabías que...?

Wisn', el perro, era el único animal doméstico que tenían los selk'nam y era su principal ayudante en la cacería del guanaco, al que sabía encerrar para saltarle a la garganta y degollarlo de una dentellada.



El hain. La pelea del Sol y la Luna

LOS SELK'NAM, HOMBRES DE A PIE. ANTIGUOS MORADORES de la Isla de la Tierra del Fuego. Adoradores de Krah y Kren, el Sol y la Luna. De generación en generación y durante siglos cumplieron un ritual, el *hain*, que cuenta la eterna lucha entre el Sol y la Luna. Los selk'nam, pueblo violentamente exterminado, alguna vez contaron así:

En el principio de los tiempos, las mujeres selk'nam eran las que mandaban. Varios meses al año se reunían en la Gran Choza, un lugar sagrado al que solo ellas podían entrar para realizar sus ceremonias.

Cuenta el mito que las mujeres necesitaban comida para calmar el enojo de Jalpen, la diosa de las profundidades, que si no era alimentada amenazaba con terminar con la vida de todas ellas. Krah, la Luna, lideraba este grupo de mujeres.

Los hombres de la tribu estaban asustados por la amenaza de Jalpen y tenían miedo de perder a sus mujeres. Entonces trabajaban más de lo posible para contentar a la diosa, que con sus rugidos subterráneos estremecía la tierra.

El propósito de las mujeres era asustar a los hombres para tener más poder sobre ellos. Cuando se reunían en la Gran Choza se burlaban, comían la carne destinada a Jalpen y disfrutaban del engaño.

Una tarde, mientras Kren, el Sol, estaba cazando, se acercó a la Gran Choza y escuchó las risas de las mujeres;



un poco más cerca, se esforzó por comprender lo que las mujeres decían y descubrió el gran secreto.

Presuroso, corrió a contarles a los hombres lo que había escuchado. Montados en furia, los hombres se rebelaron y mataron a todas las mujeres de la tribu. Solo se salvaron las niñas pequeñas. El Sol también mató a la hija que había tenido con la Luna. Las mujeres habían sido derrotadas y de este modo los hombres heredaron la ceremonia del *hain*.





La Luna roja

LA LUNA ERA UN PODER MALIGNO PARA LOS SELK'NAM. Veían en el ciclo lunar la repetición del enojo de la Luna por la humillación sufrida aquella vez que el Sol descubrió el gran secreto de las mujeres y se lo contó a los hombres.

Les daba miedo verla llena y roja. Creían que así se ponía cuando estaba furiosa y que podía “agarrarlos” si la miraban.

Decían que cuando la Luna ya no podía más de ira recordando aquella vez en que el Sol la humilló, entraba en eclipse. Se ponía grande y roja y ese rojo anunciaba muerte, desgracias y sangre de venganza. La Luna anunciaba en cada eclipse que muchos hombres morirían en combate.

Por esa razón, entre los selk'nam cada vez que había un eclipse, los hombres apagaban todos los fuegos de los campamentos y se reunían en torno al chamán.

El viejo brujo se ponía un sombrero de plumas de aguilucho y convocaba a las mujeres que, moviendo sus brazos, cantaban y bailaban en círculo pidiéndole a la Luna que se apiadara de la tribu.

El brujo, imitando los graznidos del aguilucho, se transportaba a la Luna y allí recibía el mensaje de Krah. Todos esperaban las palabras del anciano porque de ellas dependía la suerte del grupo. El mensaje podía ser favorable o sentenciar la desgracia de la tribu.

Se creía que cuando la respuesta de la Luna no era favorable, el brujo moría a los pocos meses.





Autores

Graciela Piombo

Nació en Lanús, provincia de Buenos Aires. Es licenciada en Letras y astróloga. En 1991 ingresó al Instituto Vocacional de Arte Manuel José de Labardén, de la Municipalidad de Buenos Aires. De 2000 a 2006 integró el Equipo de Educación de la Fundación Arte Viva de Argentina. En noviembre de 2005 presentó los resultados de la implementación del Programa de Pensamiento Visual en Argentina en el Museo de Arte Moderno de Nueva York. Se desempeña también como titular de la cátedra de Literatura Inglesa y Norteamericana en la Universidad del Salvador. Desde 2014 integra el equipo del Programa de Fortalecimiento de la Enseñanza de la Lengua en la Educación Secundaria del Ministerio de Educación de la Nación.

Mariano Epelbaum

(Buenos Aires, 1975). Es diseñador de personajes, ilustrador y animador 2D tradicional. Trabaja profesionalmente desde 1996 en diversas disciplinas y actualmente está incursionando en la dirección de arte. Fue director de arte y diseñador de personajes de *Metegol*, coproducción argentino-española dirigida por Juan José Campanella. Diseñó personajes para el programa *Playground* del canal Disney Junior y trabajó en diversas publicidades. En el campo editorial ilustró para editoriales de la Argentina, España, Puerto Rico, México, Brasil, Inglaterra y Estados Unidos. En 2014 diseñó personajes para la muestra y paseo de seres míticos en Tecnópolis.

Alex Dukal

(Puerto Madryn, 1972). Ilustrador nacido y criado en la Patagonia argentina. Mientras estudiaba en la Escuela Nacional de Bellas Artes Manuel Belgrano, en Buenos Aires, comenzó a publicar historietas e ilustraciones en la mítica revista *Fierro*. Se dedicó varios años a la pintura y a la enseñanza, actividad que actualmente

ejerce ofreciendo seminarios de ilustración digital. En 2000 expuso en el Reino Unido y paralelamente empezó a dedicarse de lleno a la ilustración. Desde entonces ha trabajado para editoriales de todo el mundo ilustrando con pasión diferentes tipos de proyectos, mayormente libros infantiles.

Luis Grane

(Buenos Aires, 1967). Después de estudiar tres años de Medicina en la Universidad de Buenos Aires, decidió dedicarse por completo a su pasión: el dibujo. Luego de un breve paso por la carrera de Diseño Gráfico, viajó a Europa. Trabajó tres años en Londres en animación para publicidad y luego en México como director de arte en publicidad y en estudios de animación. Su estilo está fuertemente influido por las culturas mesoamericanas. En 1996 se mudó a Los Ángeles donde trabajó seis años como animador para DreamWorks en películas como *Ratatouille*, *SpiderMan 2*, *Matrix* y *Hotel Transylvania*. Fue diseñador y animador para Sony, Pixar, Laika, Disney y Warner, entre otros estudios. En 2014 publicó en Estados Unidos su libro *Sad Stories*.

Matías Trillo

(Buenos Aires, 1972). Estudió en la Escuela Nacional de Bellas Artes Prilidiano Pueyrredón (IUNA), donde se recibió de profesor nacional de Artes Plásticas con Especialidad en Pintura. Hizo las ilustraciones de los libros *Filotea*, de Ema Wolf, *Uno de elefantes*, de Jorge Accame y *Sucedió en colores*, de Liliana Bodoc, entre muchos otros. También participó de los *Cuadernos y Debates del Bicentenario* y realizó colaboraciones para la revista *Fierro*. Hizo trabajos de video y animación para Pakapaka, Nickelodeon y Cartoon Network. Obtuvo distinciones de ALIJA y fue elegido para la Campaña Historietas por la Identidad de Abuelas de Plaza de Mayo.

Bibliografía

- BATTINI, Berta E. Vidal de, *Cuentos y leyendas populares de la Argentina. Tomo VIII*, Buenos Aires, Ediciones Culturales Argentinas, Secretaría de Cultura, Ministerio de Educación y Justicia, 1984.
- BLACHE, Martha, *Estructura del miedo. Narrativas folklóricas guaraníes*, Buenos Aires, Plus Ultra, 1982.
- CHAMBI, Edgar Quispe, *Aymara. Leyenda Cuentos Mitos Poemas*, Puno, Instituto del Bien Común. *Diseño educativo para culturas de tradición oral* Academia Peruana de la Lengua Aymara, 2004.
- CHAPMAN, Anne, *El fin de un mundo. Los selk'nam de Tierra del Fuego*, Buenos Aires, Vázquez Mazzini, 1989.
- COLMAN, Narciso R. (Rosicrán), *Ñande Ypy Kuéra* (“Nuestros antepasados”), 1929.
- COLOMBRES, Adolfo, *Los guaraníes*, Buenos Aires, Colihue, 2013.
Seres mitológicos argentinos, Buenos Aires, Colihue, 2012.
- CORDEU, Eduardo, “Aproximación al horizonte mítico de los tobas”, en *Runa*, Vol. XII, Partes 1 y 2, Buenos Aires, 1969–1970.
- DÁVALOS, Felipe y otros (Texto / Ilustraciones), *Hijos de la primavera: vida y palabras de los indios de América*, México, FCE, 1994. Coordinador: Federico Navarrete Linares. Adaptación: Katyna Henríquez.
- EQUIPO NAYÁ, *Diccionario de mitos y leyendas*:
<http://www.cuco.com.ar/>

-
- FONTANA, Luis Jorge, *El Gran Chaco*, Buenos Aires, Solar-Hachette, 1977.
- GALEANO, Eduardo, *Las palabras andantes*, México, Siglo XXI, 1993.
- GONZÁLEZ DELGADO, Ramiro, “Relatos orales mapuches y el mito grecolatino de Orfeo y Eurídice”, en *Estudios Filológicos*, N° 36, 2001, pp. 35-59.
- GUSINDE, Martín, *Los indios de Tierra del Fuego, Tomo I, Vol. II*, Buenos Aires, Centro Argentino de Etnología Americana, 1982.
- HOYOS, María de, “Los diaguitas”, en *A-Z diez*, Año 3, N° 111, 1997.
- IBÁÑEZ, Germán, *Los collas*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2008.
- LOBOS, Omar, *Los mapuches*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2013.
- MARTÍNEZ SARAZOLA, Carlos, “Aborígenes de la Argentina”, en *A-Z diez*, Año 3, N° 126, 1997, pp. 65-73.
Nuestros paisanos los indios. Vida, historia y destino de las comunidades indígenas en la Argentina, Buenos Aires, Emecé, 1996.
- MOLOCZNIK, Maximiliano, *Los wichi*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2011.
- PALERMO, Miguel Ángel, *Lo que cuentan los onas*, Ilustraciones de María Rojas, Buenos Aires, Sudamericana, 2011.
Los guaraníes, Buenos Aires, AZ, 2008.
Los selk'nam, Buenos Aires, AZ, 2009.

- PALERMO, Miguel Ángel y BOIXADÓS, Roxana Edith,
La conquista de América, Buenos Aires, AZ, 2008.
- PARODI, Lautaro, “Los comechingones”, en *Leyendas indígenas de la Argentina*, Buenos Aires, Libertador, 2000.
- RAYEN KVYEH, en www.mapuche-nation.org
- REX GONZÁLEZ, Alberto y PÉREZ, José A., *Argentina indígena. Vísperas de la Conquista*, Buenos Aires, Paidós, 2000.
- SACCO, Claudio, *Los tobos*, Buenos Aires, Ediciones del Sol, 2011.
- SÁNCHEZ, Orlando, *Rasgos culturales de los tobos*, autor y recopilador toba, Roque Sáenz Peña, Chaco, revisión y edición del texto: Samuel Almada. Buenos Aires, Programa con Pueblos Originarios, Instituto Universitario ISEDET, 2006.
- SUGOBONO, Nahuel, *Leyendas, mitos, cuentos y otros relatos tobos*, Buenos Aires, Longseller, 2006.
- VELÁZQUEZ SÁNCHEZ, Carlos, “La yacumama”, en *Cuentos e historias de la selva*: <http://cuentoshistoriasdelaselva.blogspot.com.ar/2013/09/la-yacumama.html>
- WILLKA, Wanka, *Fábulas andinas*, Jujuy, IQJ, 1997.
- YAMPEY, Giralda, *Mitos y leyendas guaraníes*, Asunción, Editorial Manuel Ortiz.





La biblioteca Libros y Casas

- **90 minutos.** Relatos de fútbol
- **Todo queda en familia.** Textos de humor
- **Cosas imposibles.** Cuentos fantásticos y de terror
- **Bajo sospecha.** Relatos policiales
- **Palabra de mujer.** Crónicas sobre mujeres argentinas
- **Amores argentinos.** Historietas sobre cuentos y novelas de amor
- **Mucha, mucha poesía.** Tres siglos de poesías y canciones
- **Hubo una vez en este lugar.** Mitos y leyendas de este lado del mundo
- **Animales rimados y no tanto.** Poesía para chicos
- **Brujas, princesas, y pícaros.** Cuentos clásicos infantiles
- **Constitución de la Nación Argentina**
- **El Nunca más y los crímenes de la dictadura**
- **Manual de las mujeres.** Guía de derechos, salud reproductiva, familia y trabajo para adolescentes y mujeres adultas
- **Manual del hogar.** Guía para el mantenimiento de la casa y la prevención de accidentes domésticos



Hubo una vez en este lugar

Mitos y leyendas de este lado del mundo

Hubo una vez en este lugar pueblos que contaron historias. Hombres y mujeres que, en el intento por comprender la vida y la muerte, hablaron del cielo, la luna, las estrellas, el sol, las lluvias. Hombres y mujeres que se enamoraban, se peleaban, tenían miedo y, cuando estaban muy contentos, celebraban la vida.

Toda esta gente era mucha y diferente: mocovíes, pilagas, chanés, abipones, quechuas, aymaras, chorotes, charrúas, chulupíes, comechingones, diaguitas, guaraníes, tehuelches, selk'nam, mapuches, tobas, quom, wichis, huarpes, entre otros. Eran diferentes entre sí, pero tenían algo en común: a todos, sin excepción, les gustaba contar historias. Te invitamos a leer estos relatos de algunos de esos pueblos que habitaban nuestro país. Te invitamos a volverlos a contar para que no se detenga el viaje y estas historias crezcan hasta más allá de los tiempos.

